



Ministerio de
Educación

Presidencia de la Nación



Memoria en Palabras

Margarita Eggers Lan

PENÉLOPE

De Mi papá es filósofo



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRO DE EDUCACIÓN

Prof. Alberto Sileoni

SECRETARIO DE EDUCACIÓN

Lic. Jaime Perczyk

SUBSECRETARIO DE EQUIDAD Y CALIDAD EDUCATIVA

Lic. Eduardo Aragundi

JEFE DE GABINETE

A. S. Pablo Urquiza



DIRECTORA DEL PLAN NACIONAL DE LECTURA

Margarita Eggers Lan

COORDINADORA DISEÑO

Natalia Volpe

DISEÑO GRÁFICO

Juan Salvador de Tullio, Elizabeth Sánchez, Mariana Monteserin y Mariel Billinghamurst

REVISIÓN

Silvia Pazos

PIZZURNO 935 (C1020ACA) CABA. TEL: (011) 4129-1000

planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2012

"Penélope" en Mi papá es filósofo.

© Margarita Eggers Lan.

© Kasi Kasi Ediciones, Buenos Aires.

Ilustraciones: María Eggers Lan.

PENÉLOPE

Margarita Eggers Lan

Una vez, nos tuvimos que ir a vivir a México, que es un país donde hace mucho calor y la gente usa sombreros grandes. Fue cuando vino el gobierno militar, y a mi papá le quitaron su trabajo y su máquina de escribir. Parece que a esos señores no les gustaba la gente que pensaba demasiado, o por lo menos, la gente que no pensaba como ellos.

Antes de irnos, papá y mamá envolvieron los libros en cajas y las cajas en bolsas. Por la noche, hicieron un pozo bien hondo en el terreno de atrás. Lo taparon, le sembraron flores arriba, y quedó bastante disimulado. A nuestra casa se mudó el hijo del panadero que recién se casaba, y prometió cuidar la huerta y nuestros animales.

En el momento en que salía el avión, papá nos dijo a mi mamá, a Prometeo, a Ícaro, a Penélope y a

mí, que pronto volveríamos. Mis otros hermanos no habían nacido todavía.

En México teníamos una casa grande cerca de la Universidad, que se llamaba UNAM, y los domingos nos sentábamos a conversar. Papá nos leía historias o nos inventaba cuentos, y mamá hacía pan casero calentito. Él partía el pan en pedacitos y nos daba un poquito a cada uno, porque decía que así se volvía a unir dentro nuestro y estábamos bien juntos, en cualquier lugar que fuera. Después nos quedó la costumbre y ahora lo seguimos haciendo; mejor dicho, comiendo.

A veces papá se pone serio y nos habla de cosas serias. Dice que tiene que haber más justicia, que no puede ser un mundo donde tanta gente sea tan pobre y tan poca gente sea tan rica. Creo que fue por esas cosas que piensa que lo echaron aquella vez los militares, pero la verdad, yo también estoy de acuerdo.

Allá en México jugábamos con Juancito y sus hermanos, que tenían en ese momento entre cuatro y nueve años, y trabajaban todo el día haciendo jarritos de barro para vender en la feria. La mamá de Juan era medio filósofa. Estaba siempre pensando en silencio mientras pintaba los cacharros, y de vez en cuando se mandaba una frase tan buena que casi estoy segura de que los mexicanos antiguos deben haber sido tan sabios como los griegos. Una vez, la bañó a mi mamá con hierbas perfumadas, porque estaba muy triste, y le dijo:

—Usted está como vacía, porque dejó el alma en

su país. Tiene que hacer que le vuelva el espíritu, porque si no va a andar como estas vasijas huecas, que se rompen de nada.

Y al otro día, mamá se sintió mejor.

Pero la que no se calmaba era mi hermana Penélope. Tenía apenas dos años y un poquito, pero todo el tiempo extrañaba a su amiga Lucrecia y a su libro. Era de tapas duras con dibujos muy lindos (el libro, no Lucrecia), y Penélope siempre se lo llevaba a la cama para dormir. El mago protagonista del cuento, les enseñaba a las nenas que querían estudiar para hadas a ser mejores personas, más justas y bondadosas. Parece que a los señores del gobierno militar esto no les gustaba, por eso mis papás lo enterraron también en el jardín de atrás (al libro, no al mago).

Un domingo de esos en los que papá nos contaba historias, Penélope se apoyó en la mesa y empezó a llorar.

–¡Quiero mi libro! ¡Devuélvanme mi libro! ¡Quiero ver a mi mago!

A todos nos molestaba el berrinche, pero nos daba cosa la pena de mi hermana.

–Mirá, Penélope –dijo papá–. Vos llevás el nombre de una mujer que esperó veinte años a su marido y tuvo más paciencia que todos los chinos juntos.

Ella lo miró, paró un segundo de llorar y dijo:

–Quiero escuchar ese cuento.

Así empezó papá:

Hace muchos, muchísimos años, vivía Penélope con su marido Ulises y eran muy felices. Pero un día Ulises se tuvo que ir de viaje, y le pasaron tantas,





pero tantas cosas, que tardó veinte años en volver.

Mientras tanto, Penélope en el palacio lo esperaba.

–Ya no volverá –decía la gente–. Cástate con otro, que Ulises no regresará.

Tanto le insistieron, que Penélope prometió:

–Cuando termine de tejer esta manta, me casaré.

Entonces se puso a tejer, y tejía todo el día. Pero a la noche destejía y dejaba apenas dos hileritas para el otro día.

–¡Cuánto que tardas en terminar esa manta! –le decían los hombres que se acercaban a su casa para tratar de casarse con ella, y además se comían su comida y se adueñaban de su ganado y su campo.

Un día, después de veinte años, con una larga barba y vestido de mendigo, regresó Ulises. Había vivido tantas aventuras que su pelo estaba con canas y las arrugas le adornaban los ojos.

Los pretendientes de Penélope ocupaban las galerías del palacio, muy cómodos ellos, disputando en competencias su heroísmo. Ulises, ese mendigo harapiento, disparó su flecha como ninguno y los dejó a todos con la boca abierta. Luego de empujarlos fuera de su casa, fue a ver a su mujer.

–¡Llámalas –le dijo a la doncella–. Dile que he vuelto, luego de vencer a los cíclopes, a las brujas sirenas y mil peligros juntos.

A esta altura del relato, mi hermana Penélope fruncía el ceño y meneaba la cabeza.

–¿Qué pasa? –preguntó papá–. ¿Dudás que sea verdad lo de Ulises?

–Mmnnn –pensó ella–. No sé, mnnn...

–Bueno, es lógico –dijo papá–. Lo mismo le pasó a Penélope.

–¿Qué pruebas tengo –pensó– para asegurar que es él? ¿Y si es un impostor, un pretendiente disfrazado? Ya veré, puesto que hay secretos que sólo conocemos él y yo.

En la mesa larga, Ulises estaba en un extremo y su mujer en otro. Ella lo miraba de reojo y no le hablaba.

–¡Qué corazón duro, tienes! –dijo por fin Ulises–. Ve, nodriza, prepárame la cama, que me iré a dormir enseguida...

–¡Oh, sí! –dijo apresuradamente Penélope–. Haz un favor, mujer, llévale su cama a otro cuarto, y que se vaya a dormir.

El rostro de Ulises se transformó.

–¡No puede ser! ¿Alguien ha trasladado mi lecho? Espera. Yo planté el olivo en medio del patio, y cuando se hizo grande, grueso como una columna, hice las paredes de piedra alrededor, luego el techo, y construí la habitación. Con el tronco del árbol hice nuestra cama, lo pulí con bronce, lo adorné con oro, plata y marfil y en su interior puse unas correa de cuero que teñí de rojo. ¡Cuánto deben haber trabajado para trasladar ese lecho!

Penélope sintió que le temblaban las rodillas. Nadie conocía su secreto, ninguna persona había entrado jamás a su cuarto. Miró los ojos de ese hombre barbudo y extraño y descubrió los de su amado. Entonces sí, la nodriza preparó el lecho con sábanas

perfumadas, y Ulises y Penélope descansaron juntos después de veinte años.

Mi hermanita se quedó pensativa, luego dijo:

–Está bien. Pero ni un minuto más de veinte años espero a mi libro.

Todos nos echamos a reír, porque la tristeza se estaba terminando.

Casi cinco años después regresamos a nuestro país, y lo primero que hicimos fue buscar el pozo con los libros.

Y aunque tenían algunas manchas de humedad que luego mamá sacó con agua lavandina, el mago y las hadas del libro de Penélope parecían más luminosos que antes.

Allí está, debajo de su almohada, y nada ni nadie puede volver a separarla de él.



“Penélope” en *Mi papá es filósofo*.

© Margarita Eggers Lan.

© Kasi Kasi Ediciones, Buenos Aires.

Ilustraciones: María Eggers Lan.

Se puede vivir como si no existiera el pasado; caminar kilómetros para alejarse de la propia huella, creer que se avanza evitando volver la vista atrás.

Poner en palabras, en cambio, plantea el desafío de mirar al dolor directo a la cara. Es una tarea difícil pero son ellas, las palabras, las que nos ayudan a nombrar el horror, el miedo, darles forma y quizás, poder asir aquello que duele. Son las palabras las que nos permiten construir una memoria en común, e iniciar un nuevo camino. Marzo sigue siendo un mes en carne viva; aunque intentemos transcurrir sin detenernos ante nada, caminar sin ver nos hace tropezar.

Esta colección reúne textos de autoras y autores argentinos que tomaron la palabra para hablar de este pasado, desde la diversidad de planos: la identidad, la pérdida, el miedo, las prohibiciones, la posibilidad de imaginar, la necesidad de contar con alguien.

Frente al silencio y al ocultamiento, una, dos; decenas de voces brotan. Con ***Memoria en Palabras*** quisimos acercar esta experiencia a las escuelas. Sembrar historias, relatos tejidos con tinta para lograr, quizás, que germine un jardín entre tanta oscuridad.

PLAN NACIONAL DE LECTURA



Ministerio de
Educación

Presidencia de la Nación

ARGENTINA
UN PAIS CON BUENA GENTE

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA